



- *Imagen del cuerpo en Mesoamérica*
(5510 a. C.-1521 d. C.)
ENRIQUE FLORESCANO, 2018
Fondo de Cultura Económica, México

El cuerpo humano. Representaciones para el análisis de las culturas antiguas en México

MARGARITA MEZA MANZANILLA

The Human Body. Representations for the Analysis of Ancient Cultures in Mexico

MARGARITA MEZA MANZANILLA

Instituto de Antropología,
Universidad Veracruzana,
Xalapa, Veracruz, México
mmanzanilla@yahoo.com.mx

Desacatos 68,
enero-abril 2022, pp. 182-185

El libro *Imagen del cuerpo en Mesoamérica (5510 a. C.-1521 d. C.)*, de Enrique Florescano, ofrece un análisis crítico y reflexivo de las diferentes representaciones del cuerpo humano que quedaron plasmadas en diversos materiales y espacios del México antiguo. En los primeros momentos se utilizó la pintura, posteriormente los grabados, las esculturas en piedra y madera, y conforme pasó el tiempo, las representaciones se realizaron en diferentes construcciones, estelas y códices.

Florescano, historiador de origen veracruzano, ha escrito numerosos trabajos que abarcan las diferentes etapas de la historia de México; los más sobresalientes corresponden al periodo mesoamericano.

Si bien el título del libro se refiere a un amplio periodo, que comprende desde la Prehistoria hasta el Posclásico tardío en Mesoamérica, el texto va más allá, para permitir un acercamiento a los neandertales que vivieron en el Paleolítico temprano en Europa y al parecer fueron los primeros en dejar plasmado en las cuevas el escenario físico y psíquico de las ceremonias religiosas que han perdurado por milenios. Desde ese momento, el investigador da inicio a la reflexión sobre las imágenes del cuerpo humano y éstas son abordadas mediante la teoría de David Lewis y David Pearce, quienes utilizan la perspectiva de la arqueología cognitiva para acercarse a la interpretación del pensamiento y la estructura simbólica por medio de la cultura material de sociedades preterritas. Se toma en cuenta el modelo neuropsicológico de tres fases, en el que los estados alterados son el comienzo de las imágenes figurativas.

Para México, el viaje por la imagen del cuerpo humano se sitúa en los momentos más tempranos de poblamiento, por medio de las pinturas rupestres de las cuevas escarpadas localizadas en la sierra de Baja California, lugar que de acuerdo con lo expuesto por Florescano “fue uno de los motivos que lo llevaron a escribir este libro” (p. 21). El escrutinio histórico sobre las diferentes formas en que se ha plasmado el cuerpo humano y la fauna en las culturas antiguas se aborda en nueve capítulos, resultado de la revisión exhaustiva de una gran cantidad de documentos, los cuales están ampliamente respaldados por 210 imágenes —98% en blanco y negro; 2% a color—, que nos muestran la relevancia de la figura humana como forma sustancial para transmitir conocimientos sobre eventos de gran importancia en el México antiguo.

En el primer capítulo se analizan las primeras manifestaciones del cuerpo humano y de fauna que se plasmaron en las pinturas rupestres de las cuevas de la sierra de Guadalupe, Baja California, datadas en 5500 a. C. En estos primeros momentos, las imágenes son contornos delineados que carecen de

ojos, boca y nariz; los tamaños y colores se perciben en formas yuxtapuestas, lo que permite pensar que en 5500 a. C. las personas tenían conciencia de su identidad, su existencia física y sus diferencias sexuales, que fueron resaltadas. En el segundo capítulo se discute el papel del chamán y su función en las ceremonias para la culminación de grandes murales. El chamán fue primordial en diferentes situaciones y de forma particular en momentos de inestabilidad social. En el tercer capítulo se hace un análisis comparativo entre las pinturas rupestres de Baja California, México, y los petrograbados de Coso, Estados Unidos. Si bien existe una distancia en tiempo y espacio, las figuras de perfil que parecen ir en marcha y las representaciones del borrego cimarrón comparten evidentes semejanzas y muestran la relación del ser humano con el medio ambiente.

El cuarto capítulo se refiere a las esculturas tridimensionales más tempranas de Mesoamérica, asociadas a los olmecas, datadas en 1500 a. C., aproximadamente. En el sitio arqueológico del Manatí se localizaron representaciones de torsos humanos tallados en madera y piedra serpentina, que muestran un cambio en la representación de la figura humana. En el quinto capítulo, Florescano nos adentra en los diferentes aspectos de las personas representadas en la cultura olmeca. Este grupo parece tener claro el concepto del cuerpo y lo muestra en las llamadas cabezas colosales, que sorprenden por su gran tamaño y peso, pero sobre todo por la claridad con que se representa la fisonomía humana. De acuerdo con el autor: “con ellos se pudo iniciar lo que algunos investigadores han llamado la concepción del retrato” (p. 124). En este periodo sobresale la relación del hombre con la concepción tripartita —el cielo, la tierra y el inframundo—, la técnica tridimensional —el altorrelieve con martillo—, así como las representaciones individuales. Sin embargo, en el texto también se presentan varios ejemplos de colectividades que fueron esculpidas en piedra verde;

en algunos casos, los personajes tienen características físicas semejantes a las cabezas olmecas; en otros, se delinean las vestimentas que resguardaban las partes íntimas del cuerpo, lo que nos puede acercar al modo de vida de las primeras culturas de Mesoamérica.

En el sexto capítulo se hace una reflexión profunda sobre las diferentes representaciones del cuerpo humano y se indica, en primera instancia, que la cultura maya se centra en representar a los dioses y gobernantes del Preclásico tardío; las más antiguas fueron encontradas en el área del Petén guatemalteco. En este periodo, no sólo cambia la forma de las representaciones, también se muestran los nuevos espacios en los que se plasmaron las imágenes del cuerpo humano. Sobresalen las plataformas de los edificios y los mascarones; en algunos casos se combinan dioses, humanos y animales.

En los capítulos séptimo y octavo se insiste en los diferentes cambios que se produjeron en el arte maya del periodo Clásico —de 200 a. C. a 900 d. C.—. La innovación se puede observar en la forma de delinear, esculpir, pintar y modelar el cuerpo. Los mayas concibieron su representación como una esencia vital, distinguiendo el cuerpo del espíritu. Es de gran importancia analizar la asignación que le dieron a la conciencia de los llamados *wahyis* o *nahuales*: por un lado, presentan al ser humano corpóreo, y por el otro, al compañero espíritu. Para los mayas, el cuerpo físico era una representación de su identidad; con esta percepción, lo modelaron artificialmente y lo hicieron único e incomparable con las otras culturas. Las modificaciones se centraron en la cabeza, el lugar de la conciencia y la razón, lo que se observa en el alargamiento del cráneo. La propuesta más sobresaliente en estos cambios es la que se relaciona con los avances de la escritura, la literatura y la posible relación con otras culturas de finales del Clásico, como Teotihuacán y Monte Albán, así como con los diferentes sitios mayas, donde a pesar de las profundas transformaciones se percibe una

continuidad en la representación del cuerpo humano. En el cambio de un periodo a otro —del Clásico al Posclásico— resaltan las cantidades de figuras humanas que realizan diversas actividades, como danza, juego de pelota y malabares en espacios naturales, donde rebosan las flores, las mariposas y el agua. También sobresale la técnica, que da la sensación del volumen en tercera dimensión, lo que hace que las figuras parezcan flotar en el espacio. Otro momento de transformación se observa a finales del Epiclásico —de 700 d. C. a 1000 d. C.—, en el cual desaparecen algunos estilos que se habían observado anteriormente y predomina el significado de la “realidad”, término muy discutido, pero asociado a algunos grupos de mixtecos de Puebla, zapotecos y teotihuacanos que confluyeron en Cholula. Los colores se disponen de forma homogénea, sin sombreados ni desvanecimientos, separándolos por línea gruesa y oscura, que turban la representación de las figuras humanas y dan la sensación de rigidez, sin proporciones naturales. Los rostros se presentan de perfil, al igual que las piernas y pies, a diferencia del cuerpo, que no tiene un ángulo definido. Algunos de esos ejemplos se pueden observar en los códices Nuttall, Colombino y Becker.

El noveno capítulo se refiere a las culturas del periodo Posclásico, entre las que se resalta la mexicana y se destaca la extensión de la superficie que se ocupa para la representación de escenas complejas de figuras humanas y deidades. En este periodo las imágenes se continúan plasmando en códices y pinturas murales. Sin embargo, en la fase tardía las diferentes pinturas y representaciones humanas son el resultado de una simbiosis de los pueblos anteriores a los mexicanos: los toltecas, teotihuacanos, mixtecos y mayas. Para este momento, la figura humana se centra en lo esencial, simplifica los motivos y la porción del cuerpo se compacta en el aspecto vertical, mientras se amplía el tamaño de la cabeza, las manos y los pies. No se presentan rasgos faciales, por lo tanto, parecería que no se quisiera retratar a las personas.

El dimorfismo sexual se presenta en múltiples formas; las figuras zoomorfas están más relacionadas con el culto a ciertos animales. Si bien en todos los momentos se priorizó la figura humana, es sorprendente cómo se plasmó la vida cotidiana de las diferentes culturas en tiempos y espacios específicos.

En resumen, el libro presenta de forma extraordinaria el análisis de los rasgos corporales y su expresión de acuerdo con las diferentes culturas que

se desarrollaron en el México antiguo. En los primeros momentos fue la pintura, posteriormente los grabados, las esculturas en piedra y madera, y después las representaciones se plasmaron en diferentes construcciones, estelas y códices. Sin duda alguna, el texto es un documento básico para todos aquellos que estudian al ser humano desde diferentes perspectivas y especialmente cuando se centran en el cuerpo. **D**